

y después de mirar aquel escrito tan cuidadosamente como los demás, lo guardó en su pecho.

— Es empeño formal, pensó para sí el aventurero sumergiendo los billetes en el bolsillo.

— Décima y última epístola, dijo con tono socarrón, al mismo precio que sus hermanas mayores, aunque ella sola valdría por todas; pero ya sabéis cuáles son para esta nuestras condiciones: toma y daca.

— Justo, dijo Regina tendiendo el último legajo al mismo tiempo que alargaba la mano hacia la última carta; dad y tomad.

— Confianza que me honra, dijo el aventurero dando la última carta y recogiendo los billetes; ¡ esto es!

Y el pícaro respiró alegremente.

Ni siquiera se oyó la respiración de Regina: estaba convenciendo de que la última carta era de su puño y letra como las otras nueve.

— Y ahora, continuó el impudente gandul, es mi deber, señora condesa, daros un consejo después de que me habéis enriquecido; creed en mi experiencia de hombre corrido; amad cuanto gustéis, pero no escribáis nunca.

— Basta, miserable; ¡ estamos en paz! exclamó la condesa y se alejó rápidamente.

Al mismo tiempo y como si aquellas palabras hubieran sido una señal convenida entre ella y algún poder superior, el conde Escolano*** sintió caer sobre su cabeza, como un aerolito que bajase del cielo, un objeto de tal magnitud y sobre todo de tal peso, que el aventurero quedó extendido en el suelo antes de notar que había caído.

CAPÍTULO VII.

DONDE SE PRUEBA QUE LOS BIENES MAL ADQUIRIDOS NO APROVECHAN.

Las cosas se habían hecho con tal rapidez, que el aventurero no había caído sino que real y literalmente había sido precipitado.

Por lo mismo no pudo explicarse aquel accidente: sólo sintió que una fuerza irresistible le cogía las dos manos y se las sujetaba detrás de la espalda con una especie de tuerca que se cerraba sobre sus muñecas, poco más ó menos lo mismo que el utensilio inventado por él se había cerrado sobre los dos botones de hierro de la puerta principal.

Tomada ya aquella precaución que convertía al conde Escolano*** en un ser tan inofensivo como un niño, el maestro sintió que le levantaban y que de la posición horizontal que ocupaba le conducían nuevamente á su posición vertical, es decir, que le ponían sobre sus dos pies, actitud natural en el hombre, á quien dió la naturaleza la *os sublime* destinada á mirar el cielo.

Debemos confesar que el conde Escolano***, colocado nuevamente en su verdadera posición, no miró precisamente al cielo; trató de ver con quién tenía que haberse las y quién era el que le daba con tan brusca, ó por mejor decir, con tan brutal manera la medida de sus bárbaras fuerzas.

Pero nada vió; el hombre, si aquello era un hombre, se ocultaba totalmente detrás de él.

Sólo que como una de las manos de aquel hombre bastaba para contener las dos suyas, sintió poco después la

otra mano del acometedor que con la mayor indiscreción se paseaba sobre su cuerpo.

Aquella mano se paró en la cintura; cogió una de las pistolas que allí colgaban y la echó por encima de la tapia.

Después hizo lo mismo con la segunda.

Después envió el puñal adonde había remitido las dos pistolas.

Luego, cuando tuvo convencimiento de que aquellas pistolas y aquel puñal eran las solas armas que el conde Escolano*** llevaba, la mano subió desde la cintura al cuello, lo envolvió del mismo modo que la otra mano encerraba los dos puños, y se puso á estrechar la garganta poco más ó menos como hubiera podido hacerlo un tornillo que girase con movimiento igual y continuo.

Y á medida que se apretaba la tuerca del cuello se aflojaba la de las manos, de modo que poco á poco el conde Escolano*** volvió á disfrutar el uso de las manos, pero perdió el de la voz.

Quizás preguntarán algunos cómo aquel aerolito humano que colocaba al conde Escolano*** en tan embarazosa posición, había podido ocultarse á las investigadoras miradas de un hombre tan acostumbrado á explorar el terreno en que trabajaba. Responderemos nosotros que el conde, como verdadero materialista, se había ocupado de la tierra, pero había descuidado completamente el cielo. Ahora bien: aquel aerolito había caído del cielo ó por lo menos de las ramas espesas y pobladas de uno de los castaños que prestaban sombra á la puerta del jardín de Regina.

Por lo demás, si nuestros lectores desean saber quién era aquel aerolito inesperado, que con tan desagradable sorpresa había caído sobre los hombros de nuestro aventurero, y cuya mano rodeaba tan exactamente su cuello, les

diremos lo que acaso presumen ya: que aquel aerolito era pura y simplemente el desahogo de la señorita Fifine, es decir, nuestro antiguo conocido el rudo Bartolomé Le-long (a) Juan Taureau.

Efectivamente, la víspera por la noche, Salvador al salir de casa de Petrus á quien había tranquilizado enseñándole los quinientos mil francos, había entrado en casa del carpintero que al mirarle le había ofrecido inmediatamente, según su costumbre, consagrarle dos ó tres días ó hasta una semana de su trabajo.

— No te pido más que una de tus noches, había respondido Salvador.

Y después le informó de que necesitaba su brazo sin darle ninguna otra explicación, indicándole tan sólo para el día siguiente á las nueve de la noche una cita en el hualarte de las Inválidos.

Cuando ambos se encontraron allí, empezó por designarle un espeso castaño que se hallaba á uno de los lados de la reja del hotel, y luego le habló en estos términos:

— Vas á trepar á este árbol; permanecerás ahí sin menearte, sin hacer el menor ruido y todo lo escondido que puedas hasta medianoche. Á medianoche, ó quizás algo antes, verás á un hombre pasearse con la más vigilante prudencia por delante de esa reja: le observarás con el mayor cuidado y no te menearás haga lo que haga. Á medianoche vendrá por el otro lado de la reja una señora que hablará de negocios con aquel hombre, y que á cambio de diez cartas le entregará diez legajos de billetes de mil francos; dejarás que así se verifique. Cuando hayan llegado al décimo legajo, aquella señora le dirá estas tres palabras: *estamos en paz*. Apenas se hayan pronunciado aquellas tres palabras, caes sobre el hombre y le aprietas

la garganta hasta que te haya devuelto los billetes. Para todo lo demás obras según lo requiera el suceso. Aplástalo algo si quieres, pero no lo aplastes del todo sino en último recurso.

Bien se ve que Juan Taureau había cumplido ya puntualmente con una parte de las órdenes de Salvador; veamos ahora cómo ejecutó lo que faltaba.

Dejamos á Juan Taureau estrechando la garganta del conde Escolano*** hasta ahogarle la voz; pero como durante la explicación que hemos dado á nuestros lectores, continuó estrechándose, hallamos ahora al conde con la lengua fuera.

— Así; dijo Juan Taureau, después de haber comenzado prudentemente por desarmar á su adversario; ahora charlemos.

El conde Escolano*** dejó escapar un sonido ahogado.

— ¿Otogas? Bien, dijo Bartolomé que interpretaba á su modo el gruñido del conde; entonces ahora vas á devolverme todo lo que acaba de darte esa joven señora.

El aventurero se estremeció como si hubiera escuchado la trompeta del juicio final, y aquella vez ni siquiera respondió con un gruñido.

Era que se ahogaba ó que se oponía.

Se ahogaba ya, pero seguía negándose.

Juan Taureau recordó su petición apretando más.

El conde Escolano*** que entonces tenía libres las manos, trató de coger á su vez por el cuello á su adversario.

— Abajo las patas, dijo Juan Taureau, y con la punta de los dedos dió tal bofetón en el puño del conde, que estuvo á punto de dislocársele.

Después Juan Taureau dió otra vuelta al tornillo y el conde Escolano*** sacó la lengua una pulgada más.

Quizás preguntará el lector, por qué en lugar de exigir al conde Escolano*** una cosa tan dolorosa y tan fuera de sus hábitos como era el volver lo que había tomado, Juan Taureau no lo cogía pura y simplemente del bolsillo de aquél según había tomado sus pistolas y su puñal para arrojarlo al otro lado de la tapia.

Si así sucede, responderemos que Salvador había dicho:

— Le apretarás la garganta hasta que te devuelva los billetes.

Y Juan Taureau, fiel observador de la consigna, no quería coger sino esperar á que le volviesen, por lo cual apretaba cada vez más el cuello del conde Escolano*** para obtener de él un desprendimiento espontáneo.

— ¡ Ah! ¡ conque no quieres responderme? dijo Juan Taureau que no comprendía la imposibilidad en que se hallaba el pobre cantante de articular el más ligero sonido, é imaginándose que su silencio era mala voluntad, apretaba más aún la garganta del gaudul.

Pero á pesar de aquella opresión y principalmente á causa de aquella opresión, el conde no respondía; sólo hacía con los brazos señales y más señales, con lo cual consiguió indicar á Juan Taureau que quizás su silencio era menos voluntario de lo que el opresor había creído.

Juan Taureau le hizo dar media vuelta á la derecha con objeto de poder leer sobre su cara lo que su boca no podía decir.

La cara estaba amoratada, los ojos ensangrentados salían de sus órbitas, la lengua colgaba en un lado de la boca hasta tocar con la corbata.

Juan Taureau comprendió su situación.

— Si será este hombre testarudo, exclamó.

Y dió media vuelta al tornillo natural.

Pero aquella vez pasaron ya ante los ojos del aventurero mil fúnebres resplandores. Mientras sólo había sentido la opresión, había resistido con bastante valor: cuando notó que el aire exterior se hacía cada vez más raro en su pecho, echó con rapidez la mano al bolsillo y dejó caer más bien que arrojó nueve de los diez legajos de billetes.

Juan Taureau aflojó los dedos pero sin soltar el cuello del aventurero, que respiró ruidosamente.

Y al mismo tiempo que entraba en los pulmones del conde el aire puro de la noche, entraba ya una esperanza en su corazón.

Al registrar el ancho bolsillo en que había sepultado los billetes el conde Escolano***, había topado con una navaja, navaja común que hubiera despreciado en otras circunstancias, pero que en aquellas se cambiaba en inestimable daga.

Hé ahí la razón por qué arrojó en el suelo nueve legajos en lugar de diez.

Calculaba que al registrar el bolsillo para sacar el décimo paquete, podría abrir su navaja, y que una vez que la hubiera abierto restablecería el equilibrio entre sus fuerzas y las de su adversario.

Juan Taureau, sin soltar del todo al conde Escolano***, contó los legajos por el suelo, y no hallando más que nueve, reclamó el décimo.

— Dejarme al menos registrar mi bolsillo, replicó el gaudí.

— Es muy justo, dijo Juan Taureau; registra.

— Dejarme entonces,

— Cuando me entreguéis mi cuenta, respondió Juan.

— Ahí está vuestra cuenta, dijo el tunante arrojando

el décimo paquete y abriendo al mismo tiempo su navaja en el sombrío fondo de su bolsillo.

Juan Taureau no tenía más que una palabra: había dicho al conde Escolano*** que le dejaría cuando tuviera el total; tenía el total y le soltó.

Entonces el conde Escolano*** se imaginó que en el movimiento que iba á hacer el carpintero al bajarse para recoger los billetes que estaban á tres pasos de él, podría dar un salto, caer sobre el coloso y atravesarle, ó por lo menos agujerearle con la navaja; pero eran aquellas esperanzas locas, sueños insensatos; porque Juan Taureau, sin ser precisamente de los que inventaron la pólvora, medio de destrucción hasta cierto punto superfluo para un hombre tan bien dotado, Juan Taureau, repetimos, había oído el pensamiento del aventurero; no miraba los billetes más que con un ojo.

Y no hay necesidad de advertir que mirando con el otro al conde Escolano*** vió brillar en sus manos la hoja de la navaja bastante oportunamente para alargar por su parte una mano ancha como la paleta de una lavandera, y en la cual encajonó repentinamente el puño del aventurero.

En un momento, por sola la presión de los músculos del antebrazo, la navaja escapó de la mano del conde Escolano*** al mismo tiempo que éste se doblaba sobre sus rodillas y caía boca arriba.

Juan Taureau apoyó su rodilla sobre el pecho del vencido, que dejó escapar un sordo mugido acompañado de un chasquido seco; y como había tenido la habilidad de tirarle cerca de los billetes, metió los billetes uno después de otros en su bolsillo. Estaba ocupado en aquella operación, cuando creyó observar que mugiendo y todo, el enemigo extendía la mano en dirección de la navaja.

Juan Taureau comprendió que era necesario acabar de una vez, y de un puñetazo que hubiera abrumado á un toro, casi clavó en el suelo la cabeza del maestro de canto, diciéndole con una especie de impaciencia que hubiera sido muy cómica si no la hubiera acompañado un efecto tan bárbaro :

— ¿ Conque no queremos estar quieto ?

Aquella vez quisíerolo ó no lo quisiera, el aventurero permaneció inmóvil. Estaba desmayado.

Juan Taureau contó los legajos de billetes ; no había más que nueve.

Y Salvador le había dicho diez.

Le faltaba, pues, uno indudablemente.

Por grande que fuera la repugnancia que causara al carpintero registrar los bolsillos del prójimo, tuvo que resolverse á inventariar los del bribón, operación á la cual se decidió inmediatamente.

En el tercer bolsillo que examinó encontró su décimo legajo.

Juan Taureau no quería más

Se levantó, pues, inmediatamente y esperó á que el conde Escolano*** se levantara también.

Á los cinco minutos conoció que esperaba inútilmente ; el conde Escolano*** no daba señales de vida.

Juan Taureau se quitó el sombrero, porque á pesar de su grosero aspecto, era un hombre muy fino el tal Juan Taureau, y saludó con respeto al aventurero.

Este, sea porque fuese menos fino que el carpintero, sea porque no pudiera devolver el saludo á causa de su desmayo, no meneó un dedo siquiera.

Juan Taureau le miró por última vez, y al ver que persistía en su inmovilidad, agitó en el aire la mano izquierda con un gesto que parecía decir :

— Pardiez, tanto peor ; tú lo has querido así.

Después se alejó lentamente con las manos metidas en los bolsillos ; con el paso tranquilo y regular del hombre convencido de que cumplió sus deberes.

En cuanto al aventurero, no volvió en sí hasta mucho después de que Juan Taureau estuvo en su casa ; es decir, hasta la hora matutina en que cae el rocío sobre la tierra.

Aquel rocío tan eficaz para la vegetación no parecía serlo menos para el reino animal, porque apenas comenzaron á caer sus primeras lágrimas cuando estornudó el conde Escolano*** como quien acaba de adquirir un constipado.

Cinco minutos después, se agitó, levantó y volvió á dejar caer la cabeza, y por fin, después de tres ó cuatro inútiles tentativas consiguió volver á dominar su centro de gravedad.

Permaneció sentado durante algunos instantes, inmóvil como un hombre que desea coordinar sus ideas, luego registró sus bolsillos y lanzó un horrible juramento.

Era evidente que iba recordando.

Y que al recordar veía un abismo.

Aquel abismo horrible y vacío era su bolsillo, que había contenido durante algunos momentos quinientos mil francos.

Es decir, veinticinco mil libras de renta.

Mas como el conde Escolano*** era un gran filósofo, reflexionó inmediatamente que por grande que fuera la pérdida que acababa de hacer, hubiera sido indudablemente mucho mayor, si, como estuvo á punto de suceder, hubiera perdido una preciosísima cosa, es decir, la vida.

Y la vida le quedaba algo entristecida, es verdad, pero robusta todavía.

De lo cual se cercioró primero absorbiendo el aire con la complacencia de quien se ha visto privado de tan agradable ejercicio; después agitando su cuello en su corbata, como lo hubiera hecho un ahorcado que hubiera quebrado su cuerda: por fin, se levantó limpiándose la frente con la manga de su levita, vacilando, miró á su alrededor con aspecto desorientado, tosió con cierta dolorosa contracción de los nervios del pecho; sacudió la cabeza como si hubiera querido decir que tardaría mucho en reponerse del asalto que acababan de darle, sepultó su frente en su sombrero, y sin mirar, como lo había hecho al venir, hacia atrás ni hacia adelante, á la derecha ni á la izquierda, prendió á correr cuanto pudo dando gracias al cielo de haberle conservado una existencia que tan útilmente podía emplear para fortuna suya y sobre todo para la de su prójimo.

Y creeríamos injuriar la perspicacia de nuestros lectores si dudásemos un solo instante de que han reconocido en el aficionado á pintura que se introdujera en casa de Petrus bajo el título de padrino suyo y bajo el nombre de capitán Berthaut de Monte-Haubán, en el conde Escolano***; en el maestro de canto, al aventurero, al gandul que Juan Taureau acababa de acogotar; á nuestro antiguo conocido, al hombre que causando á Petrus mucha alegría se paseaba el martes de Carnaval sobre la explanada del Observatorio cubierta la nariz con otra de cartón de tres ó cuatro pulgadas; en fin, al llamado Gibassier, que gracias al destino de confianza que desempeñaba á las inmediatas órdenes de Mr. Jackal, creía de cuando en cuando poder intentar ciertas empresas lucrativas pero arriesgadas.

FIN DEL TOMO OCTAVO.

INDICE.

	Pag.
CONTINUACIÓN DEL LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.	
CAPÍTULO V. — La visión.	5
CAP. VI. — El sans-culotte.	15
CAP. VII. — El padre y el hijo.	21
CAP. VIII. — Pesares del corazón mezclados con dinero.	29
CAP. IX. — La canción de la alegría.	50
CAP. X. —	45
CAP. XI. — Á la calle Laffite	52
CAP. XII. — Calle de Ulm. — Presentimientos de Babilas.	61
CAP. XIII. — Calle de Ulm. — Pablo y Virginia.	69
CAP. XIV. — La calle de Ulm (continuación).	76

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO. — El boulevard de los Inválidos.	82
CAP. II. — El boulevard de los Inválidos (continuación).	87
CAP. III. — La calle de Jerusalén.	94
CAP. IV. — El castillo de Viry.	100
CAP. V. — Donde Mr. Jackal deploró que Salvador sea hombre honrado	108
CAP. VI. — Nido sin pájaro.	114

	Pág.
CAP. VII. — ¡ Viva la anchura !	123
CAP. VIII. — Un buen consejo	132
CAP. IX. — Un cochero que toma sus precauciones.	141
CAP. X. — Un objeto difícil de colocar.	150
CAP. XI. — Un aficionado á la pintura	158
CAP. XII. — Un padrino de América.	173
CAP. XIII. — Donde el capitán Berthaut Monte-Hauban all- quiere proporciones fantásticas.	196
CAP. XIV. — Los sueños de Petrus.	203
CAP. XV. — Petrus y su huésped.	217
CAP. XVI. — Qué juicios formaron del capitán los tres ami- gos	224
CAP. XVII. — Los gabinetes reservados.	275
CAP. XVIII. — Catástrofe.	245

LIBRO VIGÉSIMOQUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO. — Roma.	252
CAP. II. — Torre Vergata.	260
CAP. III. — Carta de un maestro de canto.	278
CAP. IV. — El estelo-notario.	298
CAP. V. — En que Mr. Pedro Nicolás Baratteau estudia el Código civil y penal bajo la dirección de Salvador.	314
CAP. VI. — El aerolito.	323
CAP. VII. — Donde se prueba que los bienes mal adquiridos no aprovechan.	337

FIN DEL ÍNDICE.

